

Pero Bärlach continúa en silencio.

*"Su fe —vocifera el asesino—. Usted debe demostrarme que tiene una fe tan grande como la mía. La fe en el bien será al menos tan poderosa como la fe en el mal".*

El anciano permanece mudo. Y continuará así hasta el final.

¿Cómo puede interpretarse ese silencio? ¿Acaso su fe en el Bien no supera a la fe de Emmenberger en el Mal?; por lo tanto, no se siente capaz de luchar contra él y, peor aún, de aprovechar esa oportunidad que el demonio le da para salvar su vida? Hombre honesto, Bärlach lo reconoce con su silencio. Cree en la justicia y en la humanidad a quien sirve esa justicia, cree en el Bien, cree en los valores cristianos, pero *no cree lo suficiente* como para tener derecho a aplicar la ley a un criminal que se sale por completo de todos los márgenes que encierran al criminal común (En esta segunda parte de la novela, ambos personajes —Bärlach y Emmenberger— parecen descarnarse y pasar a convertirse en verdaderas abstracciones). Bärlach comprende que para luchar contra el Demonio, es necesario ser más que un hombre, es necesario ser un Santo. Pero Bärlach, a pesar de su bondad natural, está lejos de ser un Santo. Él comprende que sólo es —y lo ha sido toda su vida— un humilde aplicador de una ley fría, una ley humana, rígida, una ley fabricada para delincuentes comunes y no para encarnaciones del Mal Absoluto. Él es un simple comisario de policía, eterno perseguidor de rateros y delincuentes vulgares. ¿De qué sirven los códigos legales suizos contra el Demonio? Más todavía, ¿puede un hombre que no está totalmente libre de pecado actuar contra el Demonio? Y si lo hace, ¿en nombre de qué lo haría? ¿En nombre de una fe que comprende débil dentro de su espíritu?

Bärlach no habla. Definitivamente, no tiene derecho a actuar contra Emmenberger, tampoco tiene derecho a salvar su vida apelando a una fe que no es fuerte en él. Será entonces el judío Gulliver quien hará justicia dando muerte al asesino, porque él es el único que tiene derecho a hacerlo. No es precisamente un Santo, carece de una fe poderosa para enfrentarla a la del médico, pero sí es un hombre que sufrió realmente. "Hay más infiernos que los nueve cantados por *Dante*, quien no estuvo en ninguno" —declara el ex concentracionario. Y Bärlach, como el Dante, tampoco estuvo en ninguno de los nueve infiernos de la Divina Comedia; en cambio, Gulliver *había sido operado sin anestesia por el propio Emmenberger, el cirujano sádico de Stutthof.*

CARLOS MORAND.

<https://doi.org/10.29393/At401-89CGGD10089>

*Los cuatro grandes de la literatura chilena*, de ALONE.

Nascimento, 1963

Aunque la literatura chilena, como la de sus hermanas americanas, tiene sólo más de un siglo de existencia y sus cultivadores no son muy numerosos, no es tarea fácil seleccionar a los "cuatro grandes" de ella. Es lo que ha hecho el crítico "Alone" (Hernán Díaz Arrieta), al entregarnos su obra titulada *Los cuatro grandes de la literatura chilena durante el siglo xx* (Editorial Zig-Zag, 1963).

Desde el punto de vista general y de acuerdo con los valores establecidos, estimamos que existe unanimidad de pareceres entre los lectores respecto a los nombres de los dos poetas: Gabriela Mistral y Pablo Neruda, ambos de indiscutible valor en la poesía de lengua española. No ocurre lo mismo con los prosistas seleccionados por Alone: Augusto d'Halmar y Pedro Prado. Es muy posible que muchos lectores prefieran a Manuel Rojas, a Eduardo Barrios, a Joaquín Edwards Bello, a Nicomedes Guzmán. Pero no debemos olvidar que "Alone" escribió una Historia personal, en la que sólo dio cabida a sus predilecciones personales, lo que ha ocurrido también en este caso.

Haciendo abstracción del título de esta obra, nos referiremos a su contenido, que es lo que interesa. Comienza Alone con un interesante y agudo estudio sobre Augusto d'Halmar, a quien considera "uno de los personajes más raros, misteriosos y evasivos que hayan cruzado las letras nacionales". En efecto, desde la aventura de la Colonia Tolstoyana, en una quinta de San Bernardo, D'Halmar estuvo siempre rodeado de una aureola de respetuoso misterio hacia su personalidad artística y humana. No cabe duda que Augusto D'Halmar, además de un buen escritor fue un excelente actor, de voz bien timbrada, de cuidadosa dicción y ademanes y actitudes destinadas a cautivar al auditorio. Ciertos episodios de su vida privada causaron comentarios que Alone recoge en estas páginas y que podía haber evitado por razones de honestidad artística y humana comprensión.

Según Alone, Pedro Prado "perteneció a la raza casi inverosímil de los varones puros". La frase es sugerente y parece referirse a la parte material del artista. A nosotros nos interesa, naturalmente, su obra literaria sin desdeñar el aspecto humano del escritor. Alone analiza su obra poética y en prosa con seriedad y profundo conocimiento y nos advierte que, a su juicio, *Un juez rural* es superior a su novela *Alsino*, a pesar de la notoriedad alcanzada por esta última.

La vida de Gabriela Mistral, en sus diferentes matices, seguida desde la cuna hasta su muerte, es un estudio de apasionante interés. La pequeña Lucila Godoy, acusada injustamente de ladrona por una profesora primaria de Vicuña, vivió torturada por esa profunda e imborrable herida, que determinó su tendencia a quejarse de incompreensión, de ser perseguida, observada por Alone. La poetisa, como se sabe, tuvo la merecida suerte de disfrutar de cargos que le permitieron vivir al margen de inquietudes económicas y rígidos horarios. En una de sus cartas a Alone, le dice estas conmovedoras palabras: "Por primera vez en dieciocho años yo sé que puedo trabajar en paz, sin el toque de la campanilla de cada hora, sin la angustia económica que me turba la vida perennemente".

Más adelante Alone nos cuenta que, hace muchos años, llegó hasta su oficina un "joven, muy joven, apenas diecinueve años, delgadísimo, pálido, de aire melancólico, visiblemente mal alimentado, proclive al silencio", para contarle que había escrito un libro con el título de *Crepusculario* y que no podía retirarlo de la imprenta por falta de dinero. Era Pablo Neruda. Alone se complace, a ratos, en citar juicios adversos y demoleedores de Ricardo Paseyro, uno de los tenaces adversarios del autor de *Odas Elementales* y *Estra-*

*vagario*. Pero a Pablo Neruda, a pesar de todos los ataques, de todos los reparos y estocadas que se le dirijan, no queda otro camino que reconocerlo como uno de los grandes poetas, tal vez el más grande, de la lengua española en la actualidad. Por algo Alone, que a veces lo ha criticado con dureza, lo incluye en este libro riguroso que sólo acepta a cuatro grandes de nuestra literatura.

El poeta, que ha llegado a ocupar un destacado sitio en el mundo de la poesía contemporánea, parece no cuidarse de los Paseyro ni de aquellos que a veces, con cautela, pretenden morderle los tobillos. Para Alone, Neruda "es un gran poeta de una mala época", eufemismo que el lector debe interpretar como una alusión directa a la posición política de Neruda a quien el crítico reconoce haber atacado alguna vez de "una manera un tanto feroz". El poeta, sonriendo maliciosamente, se burla de sus enemigos: "Cómo cuesta en este planeta // amarnos con tranquilidad". No es polémico, pero tampoco se cruza de brazos. Desde su barricada poética —tranquilo guerrillero— dispara sus certeros versos: "Nunca se me ha ocurrido hablar // con animales elegantes: // no tengo curiosidad // por la opinión de las avispas".

Creemos que *Los cuatro grandes de la literatura chilena* es un libro destinado a sucesivas ediciones. Ello estaría justificado por su interesante contenido sin alardes de erudición y por constituir un valioso documento para todos los que desean indagar en la personalidad humana y penetrar en la obra literaria de nuestros grandes escritores.

G. D.

*Eutrapelia*, de JOSÉ S. GONZÁLEZ VERA.  
Nacimiento, Santiago de Chile, 2ª edición, 1962.

Se ha definido el humorismo como una forma literaria en que se auna la gracia con la ironía y lo jocoso con lo patético. Especie de caricaturista literario o de ingenioso histrión del espíritu, el humorista tiene una manera peculiar de ver y sentir la vida, para lo cual ha de poseer una fina observación, donaire natural para decir las cosas, profundidad psicológica y aguda percepción del ridículo en los seres o situaciones que critica.

El humorista no sólo procura hacer reír, sino que en el fondo incita también a la piedad, a la ternura y a la compasión hacia el dolor humano, siendo en este sentido una especie de predicador laico o de filósofo didáctico. En el espíritu de los grandes satíricos parece involucrarse además un anhelo redentor, un ansia por algo elevado y altruista, una mezcla de idealidad y espíritu demoledor, de fantasía y prosaísmo, de cordura, extravagancia y comicidad.

Según los filósofos, la definición del humorismo es algo humanamente imposible. Y la dificultad estriba acaso en la complejidad de su esencia, en la multiplicidad de los elementos que lo componen y en la sutileza de sus procedimientos para lograr el efecto cómico, satírico. En esta forma puede convertirse en el más formidable ariete de ideas y convenciones o en el más terrible azote de las debilidades y vicios de la humanidad. Cervantes, riéndose de la literatura caballeresca; Luciano, burlándose de las religiones y de la cien-